

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Montealegre Iturra, Jorge: *Carne de estatua: Allende, caricatura y monumento*, Santiago de Chile, La Mandrágora, 2014.

Diana Gómez

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires

drociogt@gmail.com

Fecha de recepción: 29/03/2017

Fecha de aprobación: 15/06/2017

Jorge Montealegre es Doctor en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile, periodista, guionista y poeta chileno y, además, se ha dedicado a la producción y al estudio del humor gráfico en su país. Esto le ha permitido conocer el universo de los humoristas gráficos, sus tendencias y sus motivaciones y, al mismo tiempo, realizar un análisis sobre el papel desempeñado por los humoristas en la historia chilena. Es así como se entiende *Carne de estatua: Allende, caricatura y monumento*. En este libro, Montealegre le da un lugar privilegiado a la caricatura política como objeto cultural dentro de la historiografía chilena. Objeto cultural cargado de subjetividades e imaginarios sociales que cumple un rol importante en el desentrañamiento de la memoria histórica. Desde el título mismo de la obra el autor nos remite a la historia, a esa otra historia no narrada por la historiografía oficial, en donde la caricatura se eleva a documento histórico porque es lugar de acceso a la memoria social.

Carne de estatua: Allende, caricatura y monumento constituye un aporte original y fundamental para los estudios sobre la cultura referidos al imaginario, la memoria y el humor gráfico debido a que aborda la figura de Salvador Allende desde la caricatura política publicada en diversos medios gráficos chilenos. Como lo advierte Montealegre en el primer capítulo del libro, la vida de Allende ha sido tratada desde su discurso político, sus motivaciones, su ideología, sus características psicológicas, el contexto histórico en el que actuó, la situación económica de su gobierno, entre otras; casi todas acompañadas de elementos iconográficos: fotos, afiches, etcétera. Sin embargo, ningún estudio había tomado las imágenes como objeto de estudio y menos las caricaturas publicadas sobre Allende.

El libro se divide en ocho capítulos por los cuales Montealegre transita entre la reflexión teórica sobre el lugar de la caricatura política, el humor y la sátira política y el análisis de su personaje junto a su contexto y las caricaturas que de él se hicieron durante toda su carrera política. Así vamos observando cómo surge la figura de Salvador Allende desde los relatos de su niñez hasta convertirse en monumento, en carne de estatua después del bombardeo a La Moneda. Para ello, Montealegre recurre en un primer momento al testimonio tanto de Allende mismo como de sus amigos y colaboradores políticos, hasta llegar a las caricaturas publicadas en diversos medios gráficos chilenos. Ya en las primeras páginas el autor nos devela una de sus conclusiones, esta es, “que el destino fatal del presidente Allende estuvo anunciado y que es posible rastrearlo en las expresiones humorísticas, autoirónicas y tragicómicas” (p. 11).

En el primer capítulo, denominado “La figura de Allende”, Montealegre realiza una disertación teórica de la noción de *figura*, entendida como “la representación, la apariencia, de una *persona-personaje* que creemos conocer (...) como retrato, caricatura, efigie o monumento [que] siempre será comparable con su modelo, con su referencia humana, en cuanto es una personificación que supone una semejanza con la imagen que nos hemos forjado del ‘original’” (p. 16). La figura así concebida es una personificación propuesta desde representaciones mentales, desde una objetividad —la del caricaturista— que se entiende como una subjetividad válida socialmente; es un retrato de la fantasía permeado por un contexto y unas circunstancias específicas.

En el caso de Allende, su figura estuvo también acompañada de su propia humorada. Él era portador de un gran sentido de humor que se expresaba muchas veces de manera autoirónica sobre su imagen. Se veía a sí mismo como “carne de estatua”, como “bronce para la Historia”. Se sabía “un mal necesario para Chile” y por ello afirmaba que su destino estaba ligado al de los expresidentes chilenos Balmaceda y Aguirre Cerda. Citando a este último, afirmaba que nunca renunciaría al cargo que el pueblo le había entregado y que saldría de La Moneda cuando terminara su período constitucional o “con los pies por delante en una pijama de madera” (p. 134).

Después de reflexionar sobre la figura de Allende, Montealegre nos introduce en una reflexión sobre el papel de la caricatura política como producto cultural, como marcas o indicios de la memoria social. El autor de *Carne de estatua* instaaura esas pequeñas piezas humorísticas como lugares de memoria consultables de las subjetividades de una época, como pruebas materiales que refuerzan el relato de un “pedazos de realidad”, dándoles estatus de documento histórico, especialmente, las que refieren a una personalidad notable y trascendente, como lo es un Presidente de la República. Aquí es necesario precisar que la noción de caricatura como memoria social en Montealegre está directamente vinculada a la de documento histórico y no a la construcción de memoria colectiva; entendida esta última como el recuerdo de un pasado vivido que no es artificial de acuerdo con Pierre Nora.

Para el autor de *Carne de estatua*, en las caricaturas podemos encontrar rasgos de subjetividad y estereotipos de una época específica. Características estas que le permiten erigir estos pequeños objetos culturales en documentos de consulta del historiador para la reconstrucción de esas subjetividades. Es así como en el estudio del caso chileno la figura de Allende transfigurada en caricatura se convierte en un personaje evocador y estas imágenes pueden ser leídas como fragmentos de una narración que constituye un relato mayor. Esto es, el de las subjetividades que rodearon la historia de Chile durante el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular.

En el segundo capítulo, titulado “Don Chicho”, Montealegre reflexiona sobre la monumentalización de la figura de Allende a través del uso que se le dio a su nombre y a su discurso alrededor del mundo en diversas expresiones culturales, tales como la música y el cómic, entre otras. Lo interesante del capítulo reside en la identificación de las representaciones sociales que se constru-

yeron de Salvador Allende en el Chile de su tiempo a través de sus apodos o apelativos. Uno de los valores que tiene el texto de Montealegre reside precisamente en el uso de fuentes poco ortodoxas dentro de la investigación histórica para dar cuenta de imaginarios o representaciones sociales. En este caso, a través de los apodos dados a Salvador Allende por amigos, colaboradores y opositores políticos, Montealegre, describe los rasgos de personalidad de éste. Se le llamó desde “pije” hasta “Don Chicho”. El primero para hacer referencia a su elegante modo de vestir y el segundo por su cercanía con el pueblo chileno. Del abanico de apelativos, el autor concluye que el imaginario social de Allende fue el de un revolucionario y un caballero y que esta doble caracterización, más que una ambigüedad, era un mérito vinculado al sentido del honor y a los principios que él poseía (p. 57).

En el tercer capítulo, “Sátira y caricatura”, el autor ubica las caricaturas sobre Salvador Allende dentro de la sátira política. Esta última la caracteriza como una representación crítica, irreverente y burlesca de la realidad que, al unirse a la caricatura, se convierte en dibujo satírico. Estas representaciones, dice Montealegre, pueden ser simpáticas o grotescas según prime el ánimo de juego o de injuria porque el humor, siguiendo a Freud, se puede aplicar con la intención de bromear sin el propósito de ofender —*animus iocandi*— o con la intención de ofender o deshonorar —*animus injuriandi*—. A partir de la caracterización de la caricatura política en esos dos polos, el autor visibiliza los usos que los diversos medios gráficos chilenos hicieron de esta cuando representaron a Salvador Allende. Destaca el papel de la revista *Topaze* (1932-1970) —la publicación más importante de sátira política en la historia del humor gráfico chileno—, la cual practicaba un humor punzante e ingenioso sin caer en la difamación. Sus ataques eran políticos, no personales porque giraban en torno a los ideales políticos de Allende, a su forma de concebir el desarrollo de Chile y no en torno a su modo de vestir o a su gusto por el vino o el whisky. Por ello, afirma el autor que con el cierre de esta revista moría el ánimo de juego en un contexto de cierto pluralismo y amistad cívica e iniciaba un proceso de polarización política en el uso del humor gráfico en Chile.

Para Montealegre, hasta la campaña presidencial de 1970 primó una representación cómica lúdica en el contexto de la sátira política tradicional, pero después de esta campaña y de manera sostenida durante el gobierno de la Unidad Popular se impuso el *animus injuriandi* en las caricatu-

ras contra Allende (p. 73). Esta polarización se evidenció tanto en los medios gráficos de derecha como de izquierda y se libró con especial interés en el campo del imaginario, dado que sobresalió el empeño por la desvalorización del adversario y el enaltecimiento de la imagen propia. A partir de ese momento, plantea Montealegre, las caricaturas sobre Allende resaltaron rasgos estereotipados de su personalidad: su fama de seductor y su afición por el whisky se convirtieron en características del Allende-personaje. Sin olvidar, claro está, que las publicaciones de derecha le confirieron a Salvador Allende un doble discurso ante la coexistencia de las alternativas “guerrillera” y “democrática” para llegar al socialismo.

“La imagen del enemigo” es el cuarto capítulo. En este Montealegre caracteriza cada uno de los medios gráficos, tanto de izquierda como de derecha, que caricaturizaron y que hicieron humor verbal sobre Salvador Allende. En esta caracterización de los diarios, el autor hace énfasis en las publicaciones de derecha debido a que algunos de ellos fueron fundados o recibieron apoyo económico de la CIA con el propósito de desestabilizar la campaña presidencial y el gobierno de la Unidad Popular. Entre los diarios financiados por esta organización Montealegre cita *El Mercurio* y la revista *PEC*, pero sobre todo el diario *Tribuna* y la revista *SEPA*, las cuales fueron fundados con el único propósito de generar lo que en Chile se ha conocido como “la campaña del terror” contra Allende y su gobierno. Campaña que consistió, para Montealegre, en una avalancha de críticas incisivas tanto verbales como visuales contra Allende y llevada a cabo desde la prensa gráfica para destruirlo simbólicamente. Esta campaña se explica por el contexto internacional de la Guerra Fría en que se desarrolló el gobierno de la Unidad Popular. A lo largo de su exposición, el autor deja en claro la polarización que la sociedad chilena fue sufriendo desde la campaña electoral de 1970, pasando por el ascenso de Allende al poder y hasta el bombardeo de La Moneda.

El capítulo cuarto es entonces una especie de caleidoscopio a través del cual Montealegre nos muestra las diversas estrategias utilizadas por cada uno de los medios gráficos de derecha para desacreditar a Allende. Estas publicaciones se centraron en hacer del candidato y después del Presidente un enemigo de Chile. La estrategia de la revista *La palmada en la frente*, también financiada por la CIA de acuerdo con el Informe Church, consistió en el uso de varias historietas para mostrar a la sociedad chilena lo que pasaría si triunfaba el comunismo mediante la elección de Salvador Allende. El diario *Tribuna*, nos dice Montealegre, utilizó un humor denostativo a través

de titulares irreverentes, un lenguaje directo e irrespetuoso, viñetas humorísticas y fotografías con fines satíricos. El diario *El Mercurio*, representante de la “prensa seria”, marcó la dirección ideológica de la oposición y la pauta en la estrategia para el derrocamiento del gobierno. Este hizo de Salvador Allende un enemigo del pueblo chileno a través de la combinación de fotografías y noticias estratégicamente ubicadas para asociarlo con el desorden, el caos y, sobre todo, para identificarlo con una persona fría e impermeable a su realidad. Por su parte, la revista SEPA, la cual se reconocía con ironía y jocosidad como “órgano propiedad de la CIA”, caricaturizó a Allende haciendo una parodia de la tira cómica “El Reyecito” de Otto Soglow (tira publicada por *El Mercurio* y a la que estaba acostumbrada la sociedad chilena). En ella, El Reyecito/Presidente era un rey aislado, ignorante, borracho, acosador, rodeado de homosexuales violentos y flojos.

Estas fueron, para Montealegre, las estrategias utilizadas por estos diarios en la campaña de terror contra Allende. En este aspecto, resalta el autor, la importancia que tuvo el humor gráfico con ánimo injurioso utilizado por estas publicaciones en la construcción de una imagen negativa del Presidente, dado que el ataque utilizando la ironía juega con ideas contradictorias y de múltiples significados al “decir sin decir”; sin embargo, el autor irónico, el autor de caricaturas opera en el interior de una visión del mundo y de una escala de valores comunes, lo que permite reducir las interpretaciones de sus representaciones. Esto último aunado por el soporte y el contexto de publicación.

En “Imágenes fatídicas”, que corresponde al quinto capítulo, Montealegre describe el contexto de fatalidad y violencia en Chile creado por la prensa de derecha como una manera de allanar el camino hacia la intervención militar e incluso hacia la muerte del Presidente como un desenlace posible y deseable. Plantea el autor que la prensa desarrolló una práctica intencionada de manipulación mediante el uso de una línea editorial, recurriendo al uso verbal y no verbal ya sea mediante la diatriba, la sátira política o la crónica seria. Estas imágenes contrastan con la imagen que la prensa de izquierda construyó de Allende, puesto que lo identificó como Presidente cumplidor de su deber, patriota, antiimperialista, amable, elegante y cercano a los sectores populares. Estas publicaciones, dentro de las que se encuentran *Punto Final*, *La Firme* y *Causa ML*, hicieron, se-

gún Montealegre, uso de la sátira con pretensiones moralizantes y correctivas puesto que connotaron reticencias, escepticismo y apoyo crítico al proceso allendista.

“La figura desfigurada”, es el sexto capítulo del libro. En este, el autor realiza una brevísima reflexión sobre el croquis realizado por la Policía de Investigaciones de Chile al reconstruir la escena del suicidio de Salvador Allende y lo caracteriza como el equivalente a una imagen bisagra silenciosa que se mueve por fuera de los dibujos satíricos y los retratos póstumos. Este croquis es para Montealegre, una figura desfigurada, un dibujo sin ficción ni realismo que no es Allende. No es caricatura ni monumento, es sólo un tecnicismo.

El séptimo capítulo, titulado “La figura espectral”, da cuenta de la imagen que se construyó de Allende después de su muerte tanto en Chile como en el mundo. En Chile durante los primeros años de la dictadura, dice Montealegre, Allende se convirtió en un murmullo puesto que su figura concentró un alto grado de odiosidad que lo dejó relegado a la imaginación. Mientras tanto, a nivel mundial Allende pasó a representar una alegoría, la representación simbólica de un proceso y de un ejemplo de consecuencia democrática y de integridad personal. Sin embargo, advierte Montealegre que su imagen también se convirtió en un ícono funcional en los debates de la izquierda resaltando aspectos divergentes de su figura. Por un lado, la izquierda que reivindicaba la vía insurreccional resaltaba el Allende con el fusil en la mano en defensa de La Moneda, mientras que, por el otro, la izquierda que apelaba a la vía institucional resaltaba su imagen con la banda presidencial.

No obstante, de ese conjunto de imágenes devino, para Montealegre, la monumentalización de Allende: la creación del mito, de la figura eterna. Su ausencia física consolidó una imagen de mártir y héroe trágico tanto para un sector de la sociedad chilena como para el mundo. No así para las publicaciones de derecha y pinochetistas. Estas, catorce años después del golpe, frente al plebiscito de octubre de 1988, volvieron a usar la imagen de Allende, pero esta vez a través de caricaturas fantasmales y espectrales, resurgiendo la campaña del terror. Los pinochetistas, como estrategia para atacar la campaña por el “no” liderada por la Democracia Cristiana y por el Partido Socialista, utilizaron la imagen de Allende para indicar que con el triunfo de éstos volverían a Chile las huelgas, la inflación, los cordones subversivos, la soviétización, el racionamiento, entre otros, que tanto habían resaltado durante el gobierno de la Unidad Popular.

El capítulo octavo, “Estatuas y alamedas”, es la reflexión final de Montealegre. Para él, la sátira política estuvo asociada a la conjura para derrocar al gobierno y buscó un desenlace trágico de la vía y de la vida de Salvador Allende. La prensa gráfica y la caricatura jugaron, por tanto, un papel fundamental en la exacerbación de los ánimos y en la polarización de la sociedad chilena. En ellas se reprodujeron una y otra vez los temas de los chistes (desabastecimiento, desorden, injerencia cubana y soviética), las caracterizaciones de Allende (borracho, refinado, seductor, indiferente), los escenarios (cementeros, funerarias, palacios) colaborando con la confrontación cotidiana con una creciente violencia. Esta conclusión, que como se dijo Montealegre anuncia desde el primer capítulo del libro, queda evidenciada a lo largo de toda su exposición, puesto que a través de un lenguaje ameno y alejado del discurso académico tradicional, pone en evidencia que el destino fatal de Allende estuvo anunciado y que es posible rastrearlo en las expresiones humorísticas, autoirónicas y tragicómicas” (p. 11).

Por otra parte, sobre los procesos de monumentalización y de consagración de los mitos, Montealegre, al hacer alusión a un gran número de homenajes a Salvador Allende, indica que éstos revalorizan el nombre, la imagen y la voz de éste. Así, concluye que tanto el monumento como la caricatura son deformaciones porque ninguno es la figura. En esos dos procesos, dice el autor, se confunden persona y personaje, uno enaltece y el otro desvaloriza, especialmente, cuando hay juego cruzado de imágenes y adjetivos en torno al protagonista controvertido de una circunstancia crítica (p. 183).

Carne de estatua: Allende, caricatura y monumento de Jorge Montealegre es, en síntesis, un texto de referencia para el análisis del uso de la caricatura política en un contexto polarizado como lo fue el del Chile allendista. El libro logra reconstruir con claridad el imaginario social que circuló sobre Allende en la prensa gráfica de aquellos años. Además, invita a adentrarse en cada una de las publicaciones de derecha y de izquierda chilenas (principalmente, entre las revistas SEPA y PEC, las cuales de manera sistemática publicaban caricaturas de Allende) durante las dos últimas campañas presidenciales de Allende y su gobierno para identificar, en caso de existir, variaciones en sus estrategias en el uso del humor y realizar un ejercicio comparativo entre estas. Desde este punto de vista, el trabajo de Montealegre abre la posibilidad de nuevos estudios que otorguen a la caricatura política un lugar relevante como documento de acceso a la memoria histórica de una sociedad.